

INFORME SOBRE LA EMIGRACION

ESPAÑA, OBRERA DE EUROPA



Señor don José Angel Ezcurra. Muy señor mío: Más de tres millones de españoles, el 25 por 100 de la población activa de nuestra Patria, se encuentran diseminados por Europa, América y otros países. Sería ridículo pensar que la causa de esta emigración obedece a un deseo de aventuras. Se puede dar, naturalmente, pero este será el caso de una insignificante minoría.

No es ningún secreto para nadie que la emigración española obedece principalmente a unas necesidades de tipo económico y laboral. El emigrante no es ni héroe ni mártir, es sencillamente el hombre que, ante un problema de tipo socio-económico, como es el de empleo-vivienda en nuestro país, ha elegido un camino, quizá el más duro y difícil para contribuir a su solución. Es mucho lo que se habla y escribe sobre el "drama de la emigración": obreros que viven en barracas mal acondicionadas. ¿Es que no quedan chabolas en nuestro país?, ¿es que no hay aún pueblos a lo largo y ancho de nuestra geografía que carecen de los servicios necesarios? Se dramatiza sobre la separación familiar: en primer lugar, la reagrupación familiar, si bien no es asunto fácil de solucionar, si es factible, depende en la mayoría de los casos del interés que se ponga en ello. Pero, ¿es que no se da esta separación en la emigración dentro de nuestras fronteras y en los jornaleros del campo que viven meses lejos de sus hogares?

En cualquiera de los casos, y yendo al tema de nuestra Administración, hay unos hechos muy claros y concretos que me sirven en una serie de consideraciones. Casi la totalidad de los que en su día emigramos, lo hicimos con el pensamiento de que nuestro alejamiento de la Patria sería temporal, tres, cuatro o cinco años; de ahorrar para adquirir una vivienda y en la esperanza de que al cabo de ese tiempo los Planes de Desarrollo nos brindarían en su día un empleo estable.

Han pasado los años, muchos de nosotros ya tenemos la vivienda en nuestra Patria y, sin embargo, tenemos que seguir en el extranjero. Nuestro pensamiento de retornar se va convirtiendo en obsesión, y,

ante la imposibilidad de ello, caemos en ocasiones en la desesperación.

La emigración ha proporcionado a nuestro país, en poco más de una década, más de 4.000 millones de dólares en divisas. ¿Cuántos puestos de trabajo se le han ofrecido al emigrante en nuestra Patria? De acuerdo que nuestro país no ha llegado aún al pleno empleo, aunque, según datos oficiales, está muy cerca de conseguirlo (sin contar, naturalmente, con este 25 por 100 que estamos empadronados fuera de nuestras fronteras).

Aunque con bastante retraso, nos llegan periódicos y revistas de ahí con datos y artículos que nos hacen creamos un sinfín de preguntas.

El año 1971 se cerró con una reserva de 3.000 millones de dólares en divisas. Nuestro Gobierno ha concedido millones de dólares en préstamos a otros países. La cantidad que se destina a atender nuestros problemas y necesidades en el extranjero no llega al 2 por 100 de lo que aportamos en divisas.

La emigración es una realidad, como lo es el deseo de retorno; nuestra aportación a la economía nacional es un hecho demostrable.

El Fuero de los Españoles, capítulo III, art. 24, prescribe que: "Todos los españoles tienen derecho al trabajo y el deber de ocuparse en alguna actividad socialmente útil". De igual modo, en el art. 25, dice: "El trabajo, por su condición esencialmente humana, no puede ser relegado al concepto material de mercancía ni ser objeto de transacción alguna incompatible con la dignidad personal del que lo presta. Constituye por sí atributo de honor y título suficiente para exigir tutela y asistencia del Estado". O bien, en el apartado X de la Ley de Principios del Movimiento Nacional: "Se reconoce al trabajo como origen de jerarquía, deber y honor de los españoles, y a la propiedad privada, en todas sus formas, como derecho condicionado a su función social. La iniciativa privada, fundamento de la actividad económica, deberá estar estimulada, encauzada y, en su caso, suplida por la acción del Estado".

No quisiera verme calificado de subversivo ni de derrotista, pero creo que ya va siendo hora de ir mirando las realidades y dejarnos de discursos emotivos y grandilocuentes. Por todo ello, me pregunto: ¿En qué concepto nos tienen nuestros administradores? ¿Somos únicamente una fuente rentable de ingresos? ¿Nos asiste el derecho a exigir de los organismos para ello creados el cumplimiento de dichas disposiciones?

Si la iniciativa privada no crea puestos de trabajo, "deber y honor" de los españoles, se desprende de lo anteriormente expuesto que ha de suplir esta función el Estado. Entonces: ¿Nos asiste en este caso el derecho de exigir del Estado que destine una parte, al menos, de la riqueza que proporcionamos a la nación a crear esos puestos de trabajo que nos permitan, al cabo de unos años de sacrificio, regresar al seno de nuestra familia y municipio y dedicar nuestro esfuerzo laboral al servicio y en la comunidad nacional de nuestra Patria? ¿Debemos seguir sintiéndonos españoles o somos unos parias? ¿Vale la pena seguir aportando divisas y comprando viviendas en España, pensando en un próximo retorno, o nos interesaría más adquirirla en el país en que nos encontramos?

O lo que es lo mismo: ¿Debemos apearnos de "Rocinante" y subirnos en un Volkswagen?

La respuesta podría ayudarnos a saber qué somos, cómo y dónde estamos y por qué y para qué.

Si estima, señor Ezcurra, que mi carta puede encerrar un interés para los lectores de la revista que usted dirige, no tengo inconveniente en que sea publicada.

Sin otro particular, aprovecho para saludarle muy atentamente. ■ FERNANDO GARCIA JARDON (4300 ESSEN-1, Carmerstr., 10. Alemania.)

EQUIPO DE ESTUDIOS (EDE)

EN 1963, más de 1.040.000 trabajadores abandonaron los países del Sur de Europa y el Norte de Africa y se fueron a trabajar a los países desarrollados del Norte europeo. En 1964 fueron más de 1.200.000. En 1965, más de 1.235.000. En 1966, la cifra de emigrantes es de 1.112.000... (Cifras de la Comisión Internacional Católica para las Migraciones.) Año tras año, el fenómeno se repite, y año tras año, los trabajadores extranjeros en los países de la Comunidad Europea aumentan. En 1971, según el informe de la OCDE, el número de trabajadores de la Comunidad pasaba ya de los cuatro millones.

En los últimos cuatro siglos de historia, este es el tercer gran movimiento migratorio internacional: el primero fue el colosal y brutal trasplante de población negra africana a América;

ESPAÑA, OBRERA DE EUROPA

el segundo, la emigración europea a América del Norte (desde 1900 a 1914 solamente, más de diez millones de europeos abandonaron Europa y se trasladaron a América); el tercero es el que provoca la formación de la Europa desarrollada y que hace afluir a Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Suiza, Holanda, Luxemburgo, trabajadores procedentes de España, Portugal, Grecia, Turquía, Yugoslavia, Argelia, Marruecos, Túnez, Guinea... a razón de un millón de media anual durante los últimos diez años.

Si queremos entender el actual movimiento migratorio, y más especialmente la emigración de españoles a Europa en la década de los años sesenta, es necesario empezar por situarlo dentro de la perspectiva de los grandes movimientos de población mundiales que acompañan a toda gran mutación histórica a nivel planetario. Es necesario para no incurrir en el provincialismo de interpretaciones «nacionales». Hay que reconocer modestamente que, en esta ocasión al menos, España «no es diferente» a otras naciones mediterráneas europeas y africanas. Nuestros hombres se van a trabajar a Europa del mismo modo y por muy parecidas razones que se van los portugueses, los griegos o los argelinos. El hecho nos supera, se nos impone, como se impuso a África —salvadas las distancias de siglos de historia— la caza de sus hombres y su venta como esclavos en los mercados americanos. Como motivo de este trabajo, encabzándolo, se encuentra la carta —la estúpida carta— del emigrante Fernando García Jardón. Este trabajo pretende ser, antes que otra cosa, una respuesta a cuanto en la misma se plantea. Fernando García Jardón, y Juan Pérez, y Modesta Gutiérrez, y Pedro Darroñdo, y un millón largo de personas, con nombres y apellidos de por aquí, tienen ese derecho a respuesta, a saber a qué atenerse, y el primer punto de esta respuesta es precisamente el dejar clara la naturaleza del engranaje en el que todos, Fuero de los Españoles incluido, estamos metidos. Triunfalismos aparte, la verdad es que estamos asistiendo a una de las grandes mutaciones del mundo, a la formación de un centro capitalista europeo, y que nosotros los ribereños bailamos al son que nos tocan y este son, amigos, no es precisamente un pasadoble.

Es necesario conocer este engranaje

si queremos llegar a desmontarlo, y aun conociéndolo, la cosa no resultará fácil.

Se trata desde luego de un proceso de concentración capitalista, de la continuación de un largo proceso que lleva a hombres y a riquezas desde regiones periféricas a puntos concretos, a núcleos bien precisos donde se concentra la producción capitalista. En el caso español, por ejemplo, el proceso de concentración se realiza en torno a Barcelona, Madrid, Bilbao, Guipúzcoa, Vitoria... y son riquezas y hombres de procedencias peninsulares, de la meseta, de Extremadura, de Andalucía, de Levante, los que

a) Los descensos demográficos producidos por el conflicto.

b) La reconstrucción capitalista de Europa —Plan Marshall y planes nacionales de reconstrucción— y el desarrollo neocapitalista de los países industriales —concentraciones económicas a escala superestatal—.

Entonces es cuando aparece la emigración económica europea como fenómeno masivo, ampliable a otros países de la cuenca mediterránea.

Es un hecho:

Los años inmediatamente posteriores al conflicto bélico conocen ya, en una serie de países europeos,

de 980.000 trabajadores, de los que 330.000 deberán ser extranjeros —sin contar la inmigración argelina, que se equiparará a la mano de obra nacional—.

Así, de 1946 a 1949 son introducidos en Francia, de manera legal, 243.233 personas, más de 76.500 argelinos. A su lado existe una inmigración no controlada que, naturalmente, no ofrece cifras.

De 1950 a 1955 —y como consecuencia del estancamiento económico del período 1949 a 1952—, el número es menor: 173.603 personas entran en Francia a través del ONI, más de 158.100 argelinos.

De 1956 a 1958, reactivación de la emigración —286.251 personas entran en Francia a través del ONI, más de 24.000 argelinos—. La economía francesa está en período de expansión y la guerra de Argelia resta mano de obra nacional.

Años 1959-1960: Plan de estabilización y medidas de austeridad. 125.618 personas entran en Francia a través del ONI, más de 45.500 argelinos. Este año 1960 encierra también un hecho importante: por primera vez, la inmigración de trabajadores permanentes españoles en Francia sobrepasa a la de los trabajadores italianos: 21.413 españoles entran este año a trabajar a Francia y 19.515 italianos (cifras de entrada controladas por el ONI). Los españoles nos hemos colocado a la cabeza de la inmigración extranjera en Francia y en tal puesto continuaremos todos los años sucesivos, hasta fecha reciente.

Al mismo proceso migratorio se han ido incorporando los demás países europeos industrializados.

Alemania ha ido nutriendo sus necesidades de mano de obra con los refugiados de la Alemania Oriental, italianos, griegos y, más tarde, españoles.

Bélgica recibía un número importante de trabajadores italianos en las minas de carbón; a raíz de la trágica catástrofe de Marcinelli, el Gobierno italiano intervino, exigiendo medidas de seguridad para sus nacionales. La emigración italiana comenzó a descender y fue sustituida por españoles y griegos; más tarde, turcos.

Inglaterra se nutrió de polacos, italianos, indios y paquistaneses.

Suiza recibe tradicionalmente una fuerte inmigración italiana; tras ella, el contingente extranjero más importante es el español.

En 1960, la emigración masiva del Sur al Norte de Europa, de las zonas agrícolas a las zonas indus-

CUADRO N.º I.—MOVIMIENTO MIGRATORIO EXTERIOR
PERIODOS: 1950-1960, 1960-1969 Y 1950-1969

Tipo de migración	Dirección	1950 a 1960	1960 a 1969	1950 a 1969
Transoceánica	Salidas	500.500	224.200	724.700
	Entradas	180.100	180.800	360.900
	Saldo	320.400	43.400	363.800
Continental	Salidas	459.900	1.175.300	1.671.200
	Entradas	40.000	81.600	121.600
	Saldo	455.900	1.093.700	1.549.600
Total	Salidas	996.400	1.399.500	2.395.900
	Entradas	220.100	262.400	482.500
	Saldo	776.300	1.137.100	1.913.400

Fuentes: Elaboración EDE sobre datos de los anuarios (INE), informes FOESSA año 1970, «La emigración exterior de España», de Jesús García Fernández; «Fuerza de trabajo en España», de I. Fernández de Castro (en preparación).

abandonando sus aperos, su pobreza aldeana, su miseria campesina, van a los nuevos centros urbanos industrializados por la implantación capitalista. La construcción de la Europa de los «diez» no es, en su esencia de fenómeno económico, distinto, aun cuando esta vez, como en el caso de la creación de los Estados Unidos de América, el fenómeno adquiera el relieve planetario y las respuestas «nacionales» de los que sufren sus consecuencias aparezcan como insuficientes y desproporcionadas.

La emigración como fenómeno europeo masivo es la resultante de dos nuevos elementos surgidos a raíz de la segunda guerra mundial:

la llegada de masas de inmigrantes que vienen a incrementar la masa de trabajo de los países de recepción.

Francia es un ejemplo típico. En 1945, el país se encuentra con grandes zonas devastadas por la guerra y un déficit de unos 600.000 muertos, hombres jóvenes en su mayor parte. Era inevitable, para la reconstrucción, recurrir a la mano de obra extranjera.

El 2 de noviembre de 1945 se dicta el reglamento de la entrada de extranjeros en Francia y se crea el ONI —Office National d'Immigration—. El plan de modernización y equipo (Plan Monnet) prevé una necesidad de mano de obra



En un solo año, 1963, más de un cuarto de millón de españoles abandonó el país para incrementar la masa laboral de la Europa desarrollista.

triales —a escala europea— es ya un fenómeno que alcanza proporciones importantes.

Pero a partir de 1961 el proceso desborda todas las previsiones. Nuevos países se han sumado a la corriente migratoria, y España, en concreto, conoce la emigración masiva de sus hombres —incrementada por el Plan de Estabilización de 1959—.

Si en el período 1951-1960 la media anual del saldo negativo migratorio español —salidas menos retornos— había sido de 87.470, este saldo, según estadísticas españolas de la Dirección General de Empleo, salta a:

115.372 en 1961
142.505 en 1962
134.541 en 1963
187.168 en 1964

Es mucho, pero no es todo. Una gran parte de los emigrantes españoles sale con pasaporte turístico y, como tales, no son considerados emigrantes. Pero en los países de recepción lo son; la calificación administrativa del pasaporte, turístico o E —emigración—, no transforma la realidad sociológica de una masa de trabajo que se desplaza de España a la Europa industrial.

Así, si para el año 1963 las cifras de la Dirección General de Empleo arrojan un saldo migratorio nacional de —134.541, las controladas por siete países receptores de Europa —Alemania, Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza y Austria— son netamente superiores para el

mismo período: 257.600, prácticamente el doble. En un solo año, más de un cuarto de millón de españoles abandonó el país para incrementar la masa laboral de la Europa desarrollada.

Claro que ese cuarto de millón de personas no es único en Europa. El mismo año 1963 ha conocido un desplazamiento total de mano de obra controlada —permisos de trabajo concedidos por siete países de recepción— de más de un millón de personas:

Salidas	Trabajadores
De Italia salen . . .	454.600
De España	257.600 (1)
De Grecia	64.700
De Turquía	35.700
De Portugal	29.000
De Yugoslavia	26.400
De otros países	223.600
TOTAL SALIDAS	1.091.600

(1) Cifra citada.

Y esta masa laboral se dirigió a:

Entradas	Trabajadores
Suiza	386.900
Alemania	377.500
Francia	216.800
Inglaterra	52.500
Bélgica	26.300
Holanda	16.800
Austria	14.800
TOTAL ENTRADAS	1.091.800

Son los datos, insistimos, correspondientes a sólo 1963 y sólo a

trabajadores —no a los miembros de su familia—. Faltan las cantidades correspondientes a algunos países de recepción, Suecia sobre todo, y los trabajadores argelinos a Francia tampoco están incluidos. (Fuente: Comisión Internacional Católica de Migraciones, Ginebra.)

Por otra parte, 1963 no es un año excepcional. Desde 1962, todos los años hay un desplazamiento de más de un millón de trabajadores hacia la Europa desarrollada.

En el cuadro número 1 que ilustra este trabajo se encuentran los datos sobre la emigración exterior española de 1950 a 1969.

Sociológicamente, la masa migratoria europea es clase obrera en el país de origen y en el país de recepción.

Por fijarnos únicamente en el caso español, que nos es más accesible, en el período de 1946 a 1963 —y según las cifras, menores a la realidad, lo hemos visto más arriba para 1963, de las estadísticas españolas— salieron de España 478.138 emigrantes.

La cifra real ha sido mayor, pero las proporciones de origen social podemos aceptarlas. De estos 478.138 emigrantes:

284.376 eran trabajadores del campo;
171.567 eran trabajadores industriales;
11.174 eran trabajadores de minas y canteras;
704 eran empleados;
214 eran personal directivo.

En cifras proporcionales: de cada cien emigrantes españoles, 60 eran trabajadores del campo y 38 trabajadores industriales o de minas y canteras. Sólo un 2 por 100 eran empleados —y aún habría que conocer de qué categoría profesional— o personal directivo o no especificados estadísticamente.

Estos hombres o mujeres, en su mayoría procedentes del campo, no han ido a la Europa industrial a trabajar en la agricultura. Excepto los trabajadores temporeros al Sur de Francia —96.200 emigrantes temporeros españoles vinieron a Francia a trabajar en campañas agrícolas en el período 1946 a 1962— y una parte de la emigración a Suiza, las estimaciones para los diversos países receptores nos proporcionan:

Francia: La mayor parte de la emigración extranjera —excepto, repetimos, la emigración agrícola temporera— trabaja en la construcción —40 por 100—, seguida de la siderurgia y transformación de metales —20 por 100— y del servicio doméstico —11 por 100—. En los siete primeros meses de 1967 han entrado en Francia 68.838 trabajadores permanentes; de ellos, 24.072 trabajan en la construcción y obras públicas, y 7.875, en servicios domésticos.

Suiza: Construcción y agricultura.
Alemania: Industrias de hierro y del metal.

Inglaterra: Servicio doméstico, incluidos hoteles y restaurantes.

Bélgica: Minas y servicio doméstico.

El proceso de la primera revolución industrial se repite, ahora a escala internacional: la población campesina abandona las actividades agrícolas y se traslada a la ciudad —ahora es a los medios industriales europeos—, donde engrosa las filas del proletariado industrial.

En el caso concreto español, en que el retraso industrial superpone fenómenos sociales propios de la primera revolución industrial a fenómenos neocapitalistas, la emigración exterior no es distinta, cualitativamente, de la emigración interior. Al campesino andaluz, levantino, extremeño o manchego que abandona su pueblo para sumarse a la masa laboral industrial de Madrid, Barcelona, Bilbao o Asturias, no le separa del que va a París, Ginebra, Essen o Bruselas más que una mayor distancia y la necesidad de un pasaporte. El emigrante interior es tan clase obrera subproleta-

rizada como el emigrante exterior.

La situación sociológica es la misma, pero un elemento, que también padece el emigrante del interior de España, se agudiza en el emigrante exterior: la marginación.

Esto nos parece muy importante, e incluso una primera conclusión de este trabajo:

La marginación que sufre el obrero emigrante interior es una marginación social. El recién llegado es, en principio, un extraño, pero no deja de ser un nacional. El que atraviesa los Pirineos va a ser también un extraño, que además es un extranjero.

Este es el elemento nuevo con que debe contar la clase obrera nacional y el subproletariado internacional que se le suma. A la marginación social —común al emigrante interior, aunque agravada por las diferencias de lengua, costumbres, régimen alimenticio, etcétera— se superpone la marginación legal.

El emigrante exterior es un extranjero, y su estatuto legal es distinto y desventajoso del estatuto del trabajador nacional. Por un lado, no goza de derechos políticos, con lo que su capacidad de acción social se ve disminuida; en las organizaciones profesionales de clase —sindicatos—, su papel no es nunca decisivo. Los sindicatos nacionales no absorben esta masa salarial que les llega del exterior, o lo hacen a través de instituciones más asistenciales que proplamente sindicales. La situación de extranjero crea una separación nacional dentro del mismo sindicato, y los problemas profesionales de los emigrantes son específicos y cualitativamente distintos a los de los trabajadores nacionales.

La cuestión es muy grave porque sociológicamente ha escindido, en la Europa desarrollada, a la clase obrera de una manera estrechamente nacional.

Económicamente, la situación es similar. El patronato europeo, hoy neocapitalista, basa su sistema en una clase obrera integrada, a la que se dice hacer partícipe del aumento del nivel de vida, consecuencia del desarrollo industrial. La lucha de clases se diluye en una oposición de intereses profesionales, que irán desapareciendo a medida que las organizaciones obreras se integren en el sistema y se conviertan en «participadoras en el beneficio empresarial». La revolu-



La emigración es una realidad, como lo es el deseo de retorno...

ción social, es decir, la transformación profunda y radical de las condiciones del trabajo humano y de la vida social, como peligro que amenaza la estructura misma del capitalismo, se aleja de la escena europea hasta como posibilidad remota, y el antiguo proletariado nacional entra en masa, progresivamente, en el circuito del consumo. La lucha por la transformación de la sociedad humana se reduce a un conflicto de intereses productor/consumidor, en que, naturalmente, el consumidor aspira siempre a consumir más y su interés está en una producción más desarrollada.

Entonces se habla de la promoción social de la clase en términos tales que la clase misma, como grupo social explotado, desaparece. La sociedad neocapitalista resuelve la contradicción capital explotador/trabajo explotado en el ciclo producción/consumo, en el que todos, empresarios y trabajadores, entran y participan.

Los hechos están ahí y son bien visibles. Esta integración fraudulenta se hace sobre un grupo social determinado que, marginado como

se encuentra, no entra todavía en el ciclo de la consumición integradora. Una clase social quizá pueda integrarse, pero su lugar es ocupado por otra clase social que antes se tenía en cuenta porque era nacional y ahora importa menos porque está constituida por la inmigración extranjera; inmigración que no se encuentra en el país de recepción por casualidad o por distintos motivos individuales. Las emigraciones europeas se consienten y se favorecen por razones económicas muy determinadas, de las que economistas y gobernantes son conscientes.

Recordemos el Plan Monnet, citado más arriba. El economista francés Alfred Sauvy estimaba, a principios de 1946, que para asegurar una renovación íntegra de las generaciones se necesitaban en Francia 5.290.000 habitantes suplementarios, de los que 410.000 en edades entre los cuarenta y los cincuenta y nueve años; 2.040.000, entre los veinte y los treinta y nueve años, y 2.840.000, de menos de veinte años —Evaluación de las necesidades de inmigración fran-

cesa», revista «Population», primer trimestre de 1946—. Si sumamos a la inmigración extranjera en Fran-

CUADRO N.º 2.—REME-SAS DE DIVISAS DE EMIGRANTES: 1960 a 1969. (Miles de dólares)

Años	Miles de dólares
1960	55,35
1961	115,97
1962	147,79
1963	200,86
1964	239,95
1965	300,71
1966	346,13
1967	325,53
1968	324,31
1969	402,51
Total	2.459,11

Fuente: Elaboración EDE, datos diversos.

ESPAÑA, OBRERA DE EUROPA

cia los repatriados del Norte de África, las previsiones de Sauvy en 1946 —salvo la edad— podrían pasar hoy por datos estadísticos.

Los Gobiernos europeos son igualmente conscientes de esta necesidad de inmigración extranjera. La inmigración es un medio de «crear una cierta relajación en el mercado de trabajo», afirmaba en septiembre de 1963 el primer ministro francés, monsieur Pompidou. Años más tarde, el ministro de Asuntos Sociales, monsieur Jeannef, sostenía que «incluso la inmigración clandestina no es inútil; si nos atuviésemos a la aplicación

volución industrial creó el proletariado —extraído del artesanado y de la masa campesina nacional—, el neocapitalismo de la posguerra pretende integrar en el sistema al proletariado nacional, creando un nuevo proletariado extraído de las masas, principalmente campesinas, de los países subdesarrollados.

A veces esta creación consciente adquiere aspectos tragicómicos. El 6 de octubre de 1964 llega a la estación de Colonia, en Alemania, el cotidiano tran de emigrantes. Los altoavoces llaman al carpintero señor Armando Rodríguez, se tocan los himnos nacionales y hay

moción de la clase obrera nacional y el desarrollo del capital a escala europea suponen la explotación intensiva de este nuevo subproletariado.

El planteamiento decimonónico de la lucha de clases parece superado, y la Europa industrial, definitivamente capitalista, puede lanzarse a la conquista del futuro.

Lo expuesto sitúa adecuadamente el fenómeno de nuestra emigración a Europa como un fenómeno que, como españoles, nos supera. España se encuentra «dentro» de este proceso de formación de Europa, pero su posición dentro de Europa es «fuera» del centro que se desarrolla, y esta situación específica es determinante. Nuestra entrada en Europa, hoy por hoy, se realiza por esa corriente humana que forman los emigrantes.

La triste paradoja, y lo que distingue el fenómeno de formación de Europa con la formación de los Estados Unidos de América, es que los inmigrantes europeos, necesarios para la formación de Europa como lo fueron los inmigrantes europeos en América, somos en Europa extranjeros. Europa ha encontrado la fórmula migratoria moderna y despiadada que le permite aumentar su fuerza de trabajo sin aumentar su «clase obrera».

Fernando García Jardón pregunta a España: «¿En qué concepto nos tienen nuestros administradores? ¿Debemos seguir sintiéndonos españoles o somos unos parias? ¿Debemos apearnos de «Rocinante» y subirnos en un Volkswagen? La respuesta —dice— podría ayudarnos a saber qué somos, cómo y dónde estamos, y por qué y para qué».

Las respuestas oficiales saltan estos días a la prensa diaria: «España se siente orgullosa de sus emigrantes». «Los emigrantes españoles en Europa son nuestros mejores embajadores». En fin, los españoles no nos apeamos jamás de nuestro «Rocinante». Más modestamente, una de nuestras autoridades ha dicho uno de estos días: «El problema de la emigración se resolverá cuando en España haya pleno empleo, y este es uno de los objetivos del Plan de Desarrollo».

Fernando García Jardón insiste en sus preguntas, no cabe duda de que lee la prensa española: «No quisiera verme calificado de subversivo ni de derrotista, pero creo que ya va siendo hora de ir miran-

do las realidades y dejarnos de discursos emotivos y grandilocuentes. Por ello me pregunto...».

Nosotros tampoco queremos ser acusados de subversivos ni de derrotistas, pero podemos quizá modestamente dar nuestra opinión sobre los puntos de interrogación de nuestro comunicante.

La cuestión está ahí: ¿Qué son los emigrantes? Tomando una expresión de De Gaulle: ¿Los emigrantes son ciudadanos a parte entera?

Para apoyar la reivindicación de ciudadanía española «a parte entera», Fernando García Jardón da un argumento crematístico: «La emigración —dice— ha proporcionado a nuestro país, en poco más de una década, más de cuatro mil millones de dólares en divisas. ¿Cuántos puestos de trabajo se le han ofrecido al emigrante en nuestra Patria? De acuerdo en que nuestro país no ha llegado al pleno empleo, aunque según datos oficiales está muy cerca de conseguirlo (sin contar, naturalmente, con este veinticinco por ciento que estamos empadronados fuera de nuestras fronteras)». Antes de pasar a la respuesta quisiéramos hacer algunas precisiones para que no se nos tache de demagogos: en el cuadro número 2 aparece la cifra exacta —según datos oficiales— de las remesas de emigrantes durante el período de diez años que va de 1960 a 1969. En total, en estos diez años han sido 2.459.110.000 dólares estas remesas oficiales, es decir, que para la fecha han pasado con seguridad de los 3.000 millones, lo que no deja de ser una cifra bastante impresionante, pues se acerca mucho a la cifra de nuestras reservas de divisas.

En segundo lugar, también queremos precisar lo del «pleno empleo». Este concepto económico es al menos engañoso, ya que depende a qué nivel de empleo se considera que existe pleno empleo. En el cuadro número 3 figuran las tasas de actividad de diversos países, separando las tasas de actividad femenina, masculina y la total. En el cuadro número 4 figuran las tasas de actividad por edades y sexo de Europa y España. Haremos notar también que la tasa de actividad en España no ha aumentado. Ahora bien, el pleno empleo se considera en general dentro de una tasa de actividad determinada, es decir,

CUADRO N.º 3.
TASAS DE ACTIVIDAD DE DIVERSOS PAISES (Totales)

País	Año	Hombres	Mujeres	Total
Albania	1960	53,5	36,3	44,9
Austria	1961	61,0	36,0	47,6
Bélgica	1969	55,1	52,7	40,1
Bulgaria	1965	58,1	45,7	51,9
Dinamarca	1965	63,0	31,8	47,2
Finlandia	1960	57,5	34,8	45,7
Hungría	1968	58,8	35,3	46,8
Islandia	1969	—	—	38,6
Países Bajos	1960	56,8	16,1	36,4
Polonia	1960	55,1	40,1	47,3
Portugal	1960	66,2	13,1	38,5
Suecia	1965	59,0	29,8	44,4
Turquía	1965	53,0	33,4	43,4
Yugoslavia	1961	59,6	31,3	45,0
España	1960	64,2	13,5	38,1

Fuente: «Anuario de Estadísticas del Trabajo», OIT, Ginebra, 1970.

estricta de los reglamentos y acuerdos internacionales, quizá nos llegase a faltar mano de obra —marzo de 1966— (1).

En cambio nos parece fundamental el planteamiento del fenómeno migratorio en su conjunto, respondiendo a unas leyes económicas que le son propias y que se integran en la totalidad del sistema neocapitalista.

Podríamos, en pocas palabras, expresarlo así: De la misma manera que el capitalismo de la primera re-

discursos de bienvenida de los representantes de los patronos alemanes, que regalan a Rodríguez una Mobylette, un pergamino conmemorativo y un ramo de flores. Rodríguez es el emigrante un millón de la Alemania Occidental, y el patronato alemán es agradecido.

Pero el sistema es simple e inflexible:

a) El capital salta por encima de las fronteras nacionales y crea un desarrollo económico a escala supranacional.

b) El trabajo nacional se integra en el ciclo y promociona a escala de consumidor masivo.

c) El trabajo internacional sustituye a la antigua masa proletaria no integrada y permanece en el escalón más bajo del sistema. La pro-

(1) Cf. La encuesta de Jean-Paul Goff: «La mano de obra extranjera, una mercancía preciosa y barata». «Témoignage Chrétien», 19 de mayo de 1966. Y el artículo de Jean-Michel Cusset: «La economía francesa no puede prescindir de los extranjeros». «Croissance des Jeunes Nations», julio-agosto de 1965.

ESPAÑA, OBRERA DE EUROPA

para establecerlo se relaciona el paro existente en la población activa y no la relación que existe entre todos aquellos que podrían trabajar en un país y los que realmente trabajan. Es indudable que si la tasa de actividad en España es baja, y aún más baja la tasa de actividad femenina, el número de

parados activos tiene una significación distinta que si este número de parados se establece en relación con una tasa de actividad alta. La cuestión es importante, sobre todo si se quiere hacer jugar el «pleno empleo» con relación a la emigración. Efectivamente, de hecho lo importante es saber la re-

serva de «mano de obra» que existe en nuestro país en un momento determinado y comprender que esta reserva está formada no sólo por los «parados», en el sentido técnico de esta palabra (activos sin empleo, pero que lo buscan), sino también por todos aquellos que aunque no trabajen podrían trabajar si las

condiciones de empleo cambiasen, y además por aquellos que trabajan fuera de nuestras fronteras, pero que desearían trabajar en España, y mirado de esta forma más realista, se ve cómo se aleja en nuestro caso ese pleno empleo que aparece como próximo desde otra perspectiva. Si en España, como en

En el año 1934 tenía yo ocho años. Mi padre era jornalero en el campo, ganaba 3,50 pesetas diarias, y tenía que alimentar a su mujer y sus cinco hijos: dos chicas y tres chicos.

Al cumplir los ocho años mi padre me llevó a trabajar con él en su cuadrilla, con el puesto de «mendero», que es el chico que lleva la comida a los segadores.

Nos levantábamos a las tres de la mañana para ir con la cuadrilla al campo, y yo llevaba el burro cargado con los botijos; a las siete de la mañana me volvía al pueblo para cargar el burro con el almuerzo, y otra vez al campo, donde almorzaba con los cuadrilleros, nos sentábamos al sol y almorzábamos un cocido de garbanzos, tocino, pan y vino. Dormía la siesta como los demás, y entre comida y siesta veníamos a descansar una hora. Yo no me quedaba mirando, cuando no estaba con el burro, recogía espigas, y a la puesta del sol volvíamos todos para casa.

No, nunca fui a la escuela, tenía que ayudar como mis hermanos, porque el jornal de mi padre no daba para mucho.

En cuanto mi hermana tuvo doce años la pusieron a servir fuera de casa, ya podía ganarse la vida, qué quiere, y yo a los once años, como con la guerra faltaban jornaleros, ya empecé a ganar un jornal como obrero en el campo, y trabajaba de sol a sol, como un hombre.

Sí, ahora sé leer, aprendí en el cuartel cuando hice el servicio, lo que sé lo aprendí allí, nadie más me ha enseñado.

Cuando volví del servicio y me casé ya no quise ser jornalero, me hice poco a poco con una mula y un carro, y me iba al monte a recoger rastros, que vendía al panadero, y por carga tenía una ganancia de 100 a 200 pesetas por término medio. En mi casa nunca faltó el pan, mi mujer se lo puede decir; nunca fui a la taberna, y los domingos aprovechaba el descanso para ir por los pueblos vendiendo caramelos.

En el año 57 vinieron por el pueblo para hablarnos de ir a Francia a trabajar con contrato por medio de los Sindicatos. Conseguí una contrata como temporero agrícola junto con otros, en total 150, y el hombre que hacía las contratas se daba regalo, total que como todos queríamos ser contratados, de resultados de esto el hombre se hizo

con una granja de gallinas que no quiera usted saber.

Me pasé en Francia seis meses recogiendo remolacha, y cada hombre conseguimos ahorrar 25.000 pesetas, pero es que no gastábamos nada, todo para guardar.

En el año 58 se reunió a todos los obreros agrícolas del pueblo para proponernos venir a Francia, animándonos a trabajar en la industria.

Yo me contraté, y fui a parar directamente a la residencia Citroën de Villiers-le-Bel. Además de trabajar en la fábrica me buscaba trabajo para trabajar el campo los domingos, porque en la fábrica me cansaba mucho, y el trabajo del

Para comer y dormir me iba de polizón a la residencia Citroën, los compañeros me conocían, y uno me dejaba su cama. Por fin un día me dieron trabajo en la Citroën, con la condición de que no repitiera lo de antes de Navidad.

En el año 60 conseguí una chabola en el bidonville de cerca de San Denis, que se llama el Cornillon, y entonces llamé a mi mujer, que vino con los tres hijos que ya teníamos.

Vivíamos muy mal, porque la chabola era de madera de tres por 2,50 metros. Por toda ventilación tenía la puerta y una ventana de 0,40 por 0,20. Allí vivimos cuatro años y allí nació nuestro cuarto hijo.

que el vecino de al lado, que era un portugués, me quería cerrar la ventana para agrandar su chabola; total que estábamos a matar.

Pensaba que la casa me la darían de un día para otro, pero me comunican que la nueva casa es demasiado cara para lo que yo ganaba y que no me la pueden dar. Como yo ya había cobrado el dinero de mi chabola no me podía volver atrás, sobre todo por el portugués, así que no tuvimos más remedio, mi mujer y yo, que marcharnos con los niños a un hotel en Sarcelles, donde por una habitación nos cobraban 40 francos diarios.

Así no podíamos vivir, no nos quedaba más solución que irnos a la calle, y así se lo dije al jefe y a la asistente social de París, que estábamos dispuestos a vivir en la calle con los cuatro hijos. Entonces me aseguraron que me darían la vivienda, pero que no me fuera del hotel, y efectivamente a los pocos días tenía la vivienda, que como puede ver tiene todas las comodidades y cinco habitaciones. Pero después de pagar el piso cada mes ya no nos queda nada para ahorrar.

No, ya no estoy en la Citroën, la dejé en el año 64, y después cambié a dos empresas más, donde conseguí trabajar como especialista tornero, y en la que estoy ahora trabajo como trefilador, pero con sueldo de peón, 650 francos al mes. El trabajo es muy duro en el horno, y las temperaturas tan altas me perjudican a los bronquios.

Estoy buscando otra cosa, porque para ganar lo justo para vivir, como ahora, no merece la pena estar sujeto a un patrón, o si no me vuelvo a España, que allí vivía por mi cuenta. Si me quedo como ahora será por los niños, que aquí tienen una buena escuela, y porque no quiero que ellos pasen todo lo que yo he pasado.

Mi mujer va a tener otro niño para febrero, y como está acostumbrada a las faenas del campo y la gusta, seguimos trabajando los dos en el campo a la recogida de las patatas, o cosas por el estilo, en las fiestas, o cuando tomo las vacaciones, o cuando estoy de baja por enfermo, claro, sin que se enteren. El aire libre para nosotros es media vida, es a lo que estamos acostumbrados, si no me quedo fijo en la agricultura es por no perder mi carta de metalúrgico.

BLANCA UGARTE

BIOGRAFIA DE UN EMIGRANTE

campo, al aire libre, me sirve de descanso.

Por el mes de noviembre mi mujer me escribió para decirme que tenía que ir al pueblo para el nacimiento de la tercera hija, porque fue una niña, o por lo menos al bautizo. Pedí permiso a la Citroën, pero no me lo dieron por más que dije, porque las vacaciones de Navidad estaban próximas, así que me lo negaron, y entonces pedí la cuenta y me fui para el pueblo. Pero después del bautizo mi mujer empezó a decir que por qué no me quedaba a pasar Navidad, y toda la familia lo mismo. Total, que aunque me daba miedo no tener trabajo en Francia si me quedaba más tiempo, me quedé y, efectivamente, cuando volví y me presenté en la Citroën me dijeron que no había plaza para mí.

El patrono que me daba trabajo los domingos me propuso quedarme fijo con él, pero yo no quería perder mi carta de obrero metalúrgico y seguí haciendo gestiones para encontrar trabajo, pidiéndole permiso al patrón para ir a la Policía, porque no me convenía que se enterase de que no me iba a quedar fijo.

Solicité una vivienda por medio de la fábrica, pero no me la daban; hasta que un día, después de un año de haberla solicitado, voy y me entero de que a otros obreros franceses que la habían solicitado después que yo ya se la habían dado. Me fui a hablar con la asistente social y me contestó que los «pies negros» tenían preferencia, pero que tuviera paciencia, que después me la darían.

Como ya teníamos cuatro hijos no cabíamos en la chabola, y otra vez me fui a hablar con la asistente social y entonces me contestó que por ser español no tenía ningún derecho a vivienda. En cambio, el delegado sindical, con quien hablé después, me aseguró que aunque español tenía los mismos derechos que mis compañeros franceses.

Había en la fábrica una empleada española muy bien considerada y que ayudaba mucho a los españoles, y me presentó al jefe que en la fábrica distribuía las viviendas, éste me prometió arreglar mi caso, y al poco tiempo me comunicaron que ya tenía concedida la vivienda.

Con esta seguridad vendí mi chabola en 25.000 francos antiguos, por-

CUADRO N.º 4.
TASAS DE ACTIVIDAD (Población activa sobre población total)

Edad	HOMBRES		MUJERES		TOTAL	
	Europa 1970	España 1960	Europa 1970	España 1960	Europa 1970	España 1960
0-14	1,7	3,3	1,2	1,4	1,4	2,4
15-19	62,2	74,0	48,5	27,1	55,4	50,1
20-24	88,3	90,4	58,3	28,8	73,6	59,8
25-44	97,1		43,7		70,4	
45-54	94,8	97,0	41,3	16,3	66,5	55,0
55-64	81,6	91,9	29,3	15,9	53,6	51,3
65	29,1	55,5	9,6	10,2	17,9	29,0
TOTAL	60,5	64,2	28,9	13,5	44,4	38,1

Fuente: «Anuario de Estadísticas del Trabajo». OIT, Ginebra, 1970.

otros países desarrollados, la tasa general de actividad aumenta, si especialmente el trabajo femenino se generaliza, si el paro encubierto y el pluriempleo desaparece, si los emigrantes vuelven, si los jóvenes se incorporan al trabajo cuando lo desean... nuestra situación de «pleno empleo» se vería como mucho más lejana y problemática.

Por otro lado, y con ello terminamos estas breves precisiones, creo que habría que tener en cuenta que el mercado de trabajo hoy no es sencillo: tantas ofertas de trabajo, tantas demandas de trabajo; no hay un solo mercado de trabajo, sino múltiples mercados de trabajo: el mercado de trabajo de los altamente calificados, el de los cuadros medios, el de los obreros calificados o profesionales, el de los administrativos, el de los peones, etcétera, y que, por lo tanto, pueden presentarse, y de hecho se presentan, situaciones de pleno empleo en uno de los mercados de trabajo y de paro masivo en otro, sin que se produzca, al menos a corto plazo, el trasvase de los excesos a donde existen las escaseces.

Dentro de estas precisiones podemos situar nuestra respuesta.

Lo primero ha quedado ya contestado en la primera parte de este trabajo: la situación del emigrante no depende —en términos generales— del país de emigración, toda respuesta «nacional» al hecho de la emigración a Europa aparece como insuficiente y pretenciosa. Por mucha buena voluntad que exista en el país de origen, por muchas declaraciones de intenciones que

se hagan en cartas, discursos y Constituciones, el hecho supera con mucho las posibilidades reales de la nación «emigrante» y de sus recursos... En definitiva, el ser español hoy en día tiene, desde luego, sus ventajas, pero también sus inconvenientes, y uno de estos inconvenientes es —y que nos perdonen los triunfalistas— que no somos ciudadanos del mundo, ni de Europa, a parte entera, como no lo son todos los que tienen la suerte o la desgracia de nacer en países no desarrollados. ¿Parias? No diríamos tanto, simplemente españoles.

En segundo lugar, y ya dentro de la condición general de españoles, los emigrantes, ya lo hemos visto al constatar la procedencia social del emigrante en uno de los años (1963), pertenecen a unas clases sociales españolas que se ven obligadas a emigrar para encontrar trabajo y que se ven obligadas a trabajar para poder comer. ¿Ciudadanos españoles a parte entera? ¿Parias? No diríamos tanto, simplemente obreros españoles, y los emigrantes no son los menos afortunados.

De todas formas, Fernando García Jardón, Luciano Pérez, Modesta Barrondo... lo que parece necesario es apearnos de «Rocinante» y dejar de embestir a molinos de viento. En Francia, en Alemania, en Bélgica, en España, en Europa, en el mundo, la cuestión que se nos plantea es la de conseguir que los emigrantes, que los obreros alcancen la ciudadanía a parte entera, y esto quizá no dependa de los administradores el concederlo, sino de los administrados el conquistarlo. ■

CHUMY-
CHUMEZ

¿ACEPTA VD. POR LEGÍTIMA VIUDA A FULANITA DE TAL PARA EL BIEN Y PARA EL MAL Y PARA EL ETC.ETC. ?

ACEPTO

